

Hacen esta sección: **LIBROS:** Jorge Berlanga. **RITMO Y MELODIA:** Angel Casas. **TEATRO:** José Antonio Gabriel y Galán y Jaume Melendres.

TEATRO

Se puede ir lejos, todavía

Siempre se ha creído que la revista es un género con normas muy estrictas y que infringirlas se paga con un fracaso estrepitoso. Pero con «La gran rebista», los hermanos Calatrava demuestran que también en este campo se puede ser iconoclasta.

Tras largos años de desprecio absoluto por los géneros frívolos (se les acusaba de alienar al pueblo), las gentes del teatro independiente comenzaron a interesarse por lo que nunca había dejado de interesar a la mayoría, del mismo modo que algunos escritores, aburridos en sus torres de marfil, decidieron que el cómic podía ser, a fin de cuentas, un medio de expresión perfectamente digno. Era, en cierto modo, redescubrir viejos mediterráneos, porque bastaba un poco de información para saber que el atractivo de tales géneros viene de antiguo y que a él se han doblegado nombres tan solventes y «serios» como Mayerhold en la Unión Soviética, Brecht en Alemania y el futurista Marinetti en la Italia premusoliniana. Claro que había algunas excepciones. Brossa, por ejemplo, en Catalunya, que cultivaba en sus jardines de papel esas drogas «nocivas», con algunos injertos muy personales. Pero Joan Brossa era un loco.

El éxito clamoroso de «Castañuela 70», de Tábanos, fue el primer aviso: se podía utilizar el espectáculo musical de una forma no vergonzante, muy progresista incluso. «El retaule del flautista» constituyó la segunda evidencia, esta vez con modelo zarzuelero. Paradójicamente, el teatro independiente conquista nuevos territorios con esos dos espectáculos que suponen una tremenda ruptura en las preocupaciones y producciones ante-

riores. Las élites catalanas ya no se deslizan furtivamente por oscuras esquinas cuando van al Molino. Esos géneros son recuperables. Se empieza a creer que, con algunos retoques críticos, pueden servir a la buena causa. Se pone en boga terminar los espectáculos independientes con un coro de revista. Se sostiene la tesis de que estos géneros pueden ser revolucionados. Es, y no por azar, la

época en que CC.OO. se infiltra en los sindicatos verticales.

Mientras, las gentes del oficio se mantienen impasibles. Ni siquiera les da risa ver cómo algunos consideran que para hacer revista o cabaret basta con la certeza intelectual de que hay que hacerlo. Son dos mesas separadas, y lo siguen siendo. Ellos, los profesionales del ramo, mantienen la certeza de que en la revista hay leyes inmutables. Si se niegan a cambiar las cosas no es por razones ideológicas, sino pensando en el dinero. Los intrusos prosiguen

en su intento de dinamitar los moldes.

He visto muchos de tales intentos. Pero sólo uno conseguido, hecho precisamente —no podía ser de otro modo— por sus especialistas: «La gran rebista» de los Calatrava. Realmente se juegan el tipo con un espectáculo concebido a contrapelo.

Los diez primeros minutos, veinte tal vez, son absolutamente sobrecogedores. En términos ajedrecísticos podríamos afirmar que ofrecen la dama al adversario. Es decir, la vedette, pieza esencial. Un acto suicida. ¿Cómo hacer una revista sin ella?

Uno se pregunta, aterrado, cómo va a reaccionar el público ante semejante desatino. Pues reacciona muy bien, se hace cómplice en seguida de esta operación destructora que alcanza su momento culminante en la bellísima escena de la silla de ruedas. Un gran momento teatral, terriblemente corrosivo. Verdad es que una imagen vale



Hermanos Calatrava

más que mil palabras, o cien mil. A partir de ahí, los Calatrava hacen añicos docenas de convenciones hasta hoy intocables.

El único problema de los Calatrava es que también infringen la única regla verdaderamente sólida del arte escénico: empíese tan fuerte como se quiera, siempre y cuando se termine todavía más fuerte. Un espectáculo debe ir en crescendo. Hay que servir los mejores vinos a los postres. «La gran rebista» no consigue mantener el ritmo que ella misma se impone. Los Calatrava no saben terminar ni el espectáculo ni los sketches, casi siempre iniciados con brillante osadía (la lección de can-can, la juerga flamenca con enlace sindical) y se refugian en

el chiste flojo o en la pura y simple huida del escenario. Y este sabor —el de la frustración— acaba siendo el de un conjunto que merecía mucho más pero que, en cualquier caso, sin pretensiones revolucionarias, es un claro mentís a los inmovilistas del género: se puede ir lejos, todavía.

Jaume Melendres

«La gran rebista», de M. F. García Lozano (Hnos. Calatrava). Teatro Victoria. Con Tony, Rafael, Novas, el ballet internacional Aplauso, la colaboración artística de Saskya Giró y Andarín, y Frank Sinatra como artista invitado que todavía no ha venido.

TEATRO

No poder tirar los pies por alto

Entre Valle y Brecht, combinando el melodrama, el sainete, el costumbrismo, el folklore, la farsa, la feria, las citas históricas... Entre el esperpento y el didactismo, un espectáculo que es a la vez una lección popular de historia y un divertimento.

CON «¡Viva la Pepa!» seguimos estando en el ruedo ibérico, cuyo domador es Juan Antonio Castro. El fresco histórico que nos propone tiene de todo. Hay tal acumulación de materiales, tanta diversidad de técnicas, tal número de resonancias conocidas, que uno se siente un poco abrumado. A pesar de que la habilidad general de componedor que posee Castro logra superar los más peligrosos escollos.

En sus máximos extremos estaríamos entre Valle y Brecht, entre el esperpento y el didactismo. ¿Cómo pueden casar tan opuestas perspectivas?

Pues a base de recurrir a todo lo recurrente, que es lo que ha hecho Juan Antonio Castro: melodramas, sainete, cos-

tumbrismo, folklore, farsa, feria, recitados, bailes, citas históricas. Todo vale, todo cabe. A través de estos crisoles pasa la época de las Cortes de Cádiz, José I, Carlos IV, Fernando VII, la guerra de la Independencia. Le cuadra bien al espectáculo el título de «¡Viva la Pepa!», que es como un colectivo tirar los pies por alto.

Queriendo o sin quererlo, la función se convierte en una popular lección de historia, un intento de didactismo divertido. En bastantes momentos se consigue esa diversión porque Juan Antonio Castro ha sabido imprimir un ritmo muy vivaz al espectáculo, a pesar de ciertas caídas de tensión. Por otro lado, hay emocionantes chispazos históricos.

Sin embargo, como espectáculo integral tiene demasiadas cosas dispares y su nivel está en lo que yo llamaría de «teatro independiente». Es decir, como pieza didáctica estricta es demasiado elemental, carece de enjundia y de esa profundidad que tenían las evidencias brechtianas. Como esperpento histórico le falta la fuerza, la violencia y la emoción de Valle. Y finalmente, como construcción estética está corta de imaginación y de facultad creadora.

Pero, situado en el ámbito de «teatro independiente», posee un nivel más que estimable e indudablemente tiene suficiente energía como para llegar al

público, aunque no sé si para «chocarle». A mí personalmente este «¡Viva la Pepa!» me ha gustado más que «Tiempo del 98», el anterior trabajo exitoso de Castro. Lo veo más fresco, más intuitivo y dinámico y construido con un mayor dominio escénico.

No obstante, este es un espectáculo que no puede escapar a su condición popular y didáctica. Está pensado —esa es la impresión que da— para un gran espacio abierto, libre y natural. Encerrado en un escenario pierde mucho de esa vitalidad saltarina enunciada en el título. Y si además ese escenario está crucificado por una distribución del espacio opresora, la incomodidad resulta manifiesta. El director no puede luchar contra la

acumulación gratuita y oportunista —es la moda— de materiales escénicos que producen claustrofobia no sólo en los actores sino también en el público. Aquí no hay forma de tirar los pies por alto.

Los intérpretes de la Cooperativa Artística Octubre se emplean a fondo, se multiplican en los más variados papeles y, a pesar del destajo, lo hacen con gran profesionalidad y eficacia.

**José Antonio
Gabriel y Galán**

«¡Viva la Pepa!»

Autor: Juan Antonio Castro

Director: Luis Balaguer

Intérpretes: Octubre, Cooperativa

Artística

Teatro Figaro.

LIBROS

El erotismo; Bataille, la madre, la muerte, las amigas

Llega, por fin, una de las obras capitales de uno de los más importantes teóricos del erotismo: Georges Bataille, que lo fue, entre otras cosas. Después de la «Historia del ojo», «Mi madre». Que no hay más que una, como todo el mundo sabe, y que sea para bien.

SI yo en un trance erótico siento un desasosiego pleno, una excitación extremada que me trastorna y me empuja al vértigo y a la confusión extraviada, a los ojos que quieren ser bocas, al corazón que quiere escaparse, a las tripas que se retuercen, a las manos que dudan de ser manos, al placer como sea y, al miedo, a la debilidad y al acto de fuerza, con ganas de que se me trague la tierra o que el mundo se ponga a mis pies, haciendo de tierno payaso o de cruel castigador, entregándome a otra persona a cambio de que me haga suspenderme en el precipicio de mi organismo vivo, es de esperar que al abrir un libro erótico no me conforme con una simple descripción de actos sexuales sin exigir también la descripción de los estados de turbación, gozo, incertidumbre, terror, humor y enajenación que éstos conllevan.

La publicación, ¡al fin! en España de *Mi madre*, de Georges Bataille, nos ayuda a disfrutar de una nueva lección de ero-

tismo. No hace mucho que también se publicó su magnífica *Historia del ojo*, y el desorden de la realidad alterada nos enseñó jovialidades delirantes del deseo. No en vano fue Bataille, aparte de autor magistral, uno de los más importantes teóricos del erotismo en este siglo (no para los que piensan que la teoría ha de estar ligada a un tono cabal y desapasionado) y buen libertino fuera de su trabajo de bibliotecario, putero lujurioso al tiempo que ensalzador del amor imposible, místico y terrenal, tímido y gritón, **Bataille**.

Pero vayamos al libro.

¿Qué diría la señora Francis ante un caso así? Un adolescente que idolatra a su madre, santa mártir aguantando durante años las groseras brutalidades de un marido miserable enloquecido por el alcohol, descubre, tras la muerte de éste, que la que creía un dechado de virtudes, modelo de sufrida paciencia y víctima de la degradación paterna, es al contrario viciosa, borracha, libidinosa y salvaje.